

LUX IN TENEBRIS LUCET

ILUSTRACIONES  
DE D. RICARDO  
OPISSO \* \* \*





## LUX IN TENEBRIS LUCET

**E**N otoño, y particularmente en Noviembre, los días suelen ser tan húmedos, nublados y melancólicos que hasta al hombre más indiferente le hacen sentir cuán penosa es la vida.

Al pobre Kamionka, desde que vivía enfermizo y no trabajaba en su estatua de la Caridad, aquellos días tristes le hacían sufrir más que sus dolencias. Todas las mañanas abandonaba pensosamente el lecho, enjugaba los cristales de la alta ventana del taller, y levantaba la cabeza esperando des-



cubrir á lo menos un pedacito de cielo azul. Y cada día igual decepción. Monótona nube plomiza se extendía sobre la ciudad: no llovía, y sin embargo dijérase que formaban el musgoso pavimento del patio esponjas empapadas de agua: todo estaba mojado; y el agua cayendo gota á gota, resonaba con desesperadora monotonía, cual si contara aquellas horas tan tristes que avanzaban lentamente.

La ventana del taller daba al patio, limitado al fondo por un jardín. Por entre los hierros de la reja veía la hierba, verde aún, pero de un verde enfermizo, augurio de muerte y de corrupción; los árboles, con las hojas amarillas y las ramas negras veladas por la niebla, parecían muertos. Cada día al anochecer oía los graznidos de las cornejas que huían de los bosques y campos á las ciudades, donde iban á establecer sus cuarteles de invierno; y que armando gran barullo con las alas, se posaban en las ramas gruesas buscando pasar tranquilas la noche.

En tales días aquel taller era más sombrío que un osario. El mármol y el yeso necesitan del azul; envueltos por aquella luz plomiza, su blancura tiene aspecto funeral. Las figuras de barro pierden la pureza de sus líneas y adquieren una forma vaga, casi fantástica.

La falta de limpieza y el desorden aumentaban la tristeza del taller. En el suelo veíase espesa capa de polvo, formado por pisoteados pedazos de barro cocido y por el lodo subido de la calle. Las paredes sombrías, desnudas, cubiertas aquí y allí de modelos de piés y manos de yeso. Junto á la ventana colgaba una gasa que protegía un cráneo de caballo y un cuadro de flores: ambos desaparecían bajo el polvo.

En un ángulo veíase la cama mal arreglada y cubierta de vieja manta, y al lado una mesa con una palmatoria de hierro. Kamionka, buscando economías, había, hacía años, suprimido la habitación particular y se acostaba en el taller. En tiempos normales un biombo protegía la cama; pero entonces había sido plegado y retirado, para que el enfermo pudiera más fácilmente ver si el cielo se despejaba, si lucía el sol. Otra ventana, aun más grande, abierta al fondo del taller, estaba en su parte exterior tan cubierta de polvo, que hasta en los días serenos la luz que por ella entraba era gris y triste.

El tiempo no mejoraba. Después de los días sin sol, las nubes bajaron, el aire se hizo pesado, húmedo é impregnado de niebla, y los días más sombríos. Kamionka, que hasta entonces permanecía en la cama echado, pero vestido, se sintió peor. Desnudóse y se acostó.



En realidad el enfermo, más que de determinada dolencia, lo estaba por sentirse abatido, sin alientos, extenuado y triste. Una debilidad general le impedía valerse de las piernas. No deseaba morir, pero sentíase sin fuerzas para seguir viviendo.

Las interminables horas de los días de niebla parecíanle mucho más largas porque nadie le acompañaba. Su mujer había muerto hacía veinte años, sus parientes vivían en otra región, y no tenía amigos. Durante los últimos años, sus relaciones habían disminuido por efecto de su excesiva impresionabilidad. Primero se burlaban de él y divertíanse con sus rarezas, pero éstas aumentaron, llegando al extremo de que cualquier tontería ó broma inocente le causaba profundo enojo: efecto de ello hasta sus más íntimos amigos le abandonaron.

Además le echaban en cara que hacía muy del piadoso y dudaban de su sinceridad. Los malévolos afirmaban que pasaba tantas horas en las iglesias para, siendo amigo de los curas, lograr le hicieran pedidos de imágenes. Y esto era falso. Su piedad podía no ser efecto de una fe profunda y tranquila, pero era desinteresada.

Daba, sin embargo, apariencias de verdad á tales afirmaciones, la avaricia siempre creciente de Kamionka. Hacía algunos años que, para economizar, habitaba en el taller,

vivía Dios sabe de qué, no cuidaba de conservar la salud, y su rostro era tan flaco y amarillento que parecía de cera. Huía de los hombres por temor de que le pidieran favores.

En resumen, tenía un carácter desapacible, agrio, y era muy desgraciado: en el fondo distaba mucho de ser un hombre vulgar. Hasta sus defectos tenían carácter propio, eran artísticos. Los que afirmaban que gracias á su avaricia había reunido una cuantiosa fortuna, se engañaban. Kamionka era pobre, pues gastaba cuanto poseía comprando agua-fuertes. Con ellos había formado un magnífico álbum que guardaba en el rincón de un armario; y los miraba y contaba de vez en cuando, con la precaución y avidez del usurero que cuenta sus monedas de oro. Tenía gran empeño en que esta su afición no fuese conocida, debiendo quizás atribuirlo á que le recordaba una gran desgracia, la causa principal de su tristeza.

Un día, cuando apenas hacía un año de la muerte de su esposa, había visto en una tienda de antigüedades, un grabado representando á Armida, y con asombro vió que el rostro de aquella Armida tenía notable parecido con el de su esposa muerta. Compró sin titubear el agua-fuerte, y de entonces buscaba y coleccionaba grabados, primero



cuantos representaban á Armida, luego la afición fué aumentando, y acabó por comprar todos los que le gustaban.

Los que han perdido á los seres que amaban, deben ligar su vida á una afición, á una esperanza, á un algo, pues de lo contrario morirían. Nadie de cuantos conocían á Kamionka hubiera creído que aquel hombre extravagante y egoísta, y que ya iba para viejo, hubiese amado una mujer más que á su vida. Verosímil por no decir indudable era que, de no perderla, su existencia se deslizara más dulce, más larga y más humana. Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que este amor había sobrevivido á la felicidad, á la juventud y al mismo talento.

Su piedad, que, en el decurso de los años llegó á serle habitual y que se fundaba en la observación de las formas exteriores, nacía de la misma fuente. A pesar de no ser un hombre de fe grande y práctica, cuando murió su esposa empezó á rogar por ella, pues sabía que era lo único provechoso que podía ofrecerle, y que á la par era un lazo que seguía uniéndole con su amada esposa.

Los caracteres en apariencia fríos, suelen saber amar con intensidad y constancia. Muerta su mujer, la vida entera de Kamionka, todos sus pensamientos, se concentraron cabe ese recuerdo, y de él se nutrieron como

se nutre la parásita del tronco sobre el que vive. Pero de tales recuerdos, la planta humana sólo puede sacar venenos compuestos de tristeza y dolorosos sentimientos; Kamionka se envenenaba y acababa con su quebrantada salud.

De no ser artista quizás no hubiera sobrevivido á la pérdida de la que más amaba, pero su profesión le salvó. Muerta su esposa, empezó á esculturar un monumento para ella. Es poco menos que inútil decir á los vivos que á los muertos les tiene muy sin cuidado la tumba en que descansan. Kamionka quería que el cuerpo de su Zosia durmiera en un pequeño palacio, y trabajaba en el monumento tanto con el corazón como con las manos. Y así fué como pasó los primeros meses sin enloquecer, y se acostumbró á vivir sin desesperarse.

Efecto de la lucha resultó excéntrico y desgraciado, pero el arte salvó al artista. Kamionka vivía sólo para el arte. Cuantos visitan museos y admiran esculturas ó cuadros, ni siquiera sueñan en que el artista pueda amar al arte por el arte. Kamionka había practicado siempre esta máxima en toda su pureza. Ni alas adornaban su espalda, ni su talento excedía de los medianos para que el arte llenara el vacío de su corazón y compensara sus irreparables pérdidas; pero siempre fué sincero. En los años



de su larga carrera nunca la perdió de vista, ni por amor á la gloria, al lucro ó á las alabanzas, ni por temor á la crítica. Creaba como sentía. En los tiempos felices, cuando vivía como los demás hombres, oyó decir del arte cosas muy raras, pero cuando empezaron á dejarle solo, á alejarse de él, en las interminables horas pasadas en el taller solitario, soñaba y veía al arte; y era noble y era grande y se elevaba muy por encima de las humanas flaquezas.

Le habían abandonado, y no era extraño. Parece que los hombres tienen para sus relaciones una medida que sirve para excluir á los desgraciados, quienes, al quedar solos, se cubren de extravagancias y defectos, como la piedra repelida por el torrente se cubre de musgo, cuando deja de rozar con las otras que forman el cauce. Kamionka estaba enfermo, y ni uno siquiera de aquellos sus amigos de antes iba á visitarle; no veía alma viviente, á excepción de la portera, que subía dos veces al día á prepararle y darle té. La buena mujer le aconsejaba que mandase llamar al médico, pero el enfermo se negaba ó lo difería temiendo gastar.

La debilidad se enseñoreó del enfermo, y es natural que así fuera, pues no tomaba otro alimento que el escaso del té. Nada anhelaba, ni comer, ni trabajar, ni vivir. Sus pensamientos eran tristes y marchitos,

como las hojas que veía á través de la ventana y se hermanaban con aquellos días de otoño, vestidos de niebla, y con aquella semiobscuridad plomiza.

No hay en la vida humana momentos más amargos que aquellos en que el hombre cree haber acabado su misión, vivido cuanto debía vivir, y que nada le queda ya que hacer en el mundo. Quince años llevaba Kamionka de sufrir una interior angustia que no le dejaba un instante de reposo: temía que su talento se agotara. Y durante su enfermedad se convenció de que lo había perdido, y le asaltaron temores de que hasta el arte le abandonaba. Sentía extraño cansancio y un abatimiento que le llegaba hasta la medula de los huesos. No creía cercana su muerte, pero opinaba que nunca recobraría la salud. No tenía ni ilusiones ni esperanzas.

Si algo deseaba era ver el cielo azul y los rayos del sol alegrando la soledad del taller. Se imaginaba que entonces cobraría un poco de ánimo. Siempre le produjeron dolorosa impresión el mal tiempo y la obscuridad: ésta aumentaba su natural tristeza y melancolía.

¿Cuál era la causa de que aquel tiempo «desesperador,» como él le llamaba, viniera acompañado de la enfermedad?

Cada mañana, cuando la portera subía á darle té, Kamionka preguntaba:

¿No huyen las nubes, no hay señales de buen tiempo?